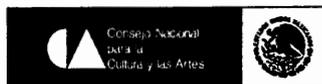


Adolfo Gilly
(compilador)

FELIPE ÁNGELES EN LA REVOLUCIÓN

EDICIONES  ERA



ÍNDICE

Introducción	9
▪ Adolfo Gilly	
Reconocimientos	15
Felipe Ángeles y la Decena Trágica	17
▪ Fiedrich Katz	
¿Y de mis caballos, qué?	
Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles	37
▪ Adolfo Gilly	
Felipe Ángeles y la Convención de Aguascalientes	69
▪ Felipe Arturo Ávila Espinosa	
Una guerra no secreta: similitudes y diferencias de Felipe Ángeles y Venustiano Carranza	81
▪ Javier Garciadiago	
El embrujo de Felipe Ángeles.	
Ensayo sobre un militar académico y sus historiadores	99
▪ Pedro Salmerón Sanginés	
El último exilio de Ángeles	117
▪ Odile Guilpain	
General Felipe Ángeles: Consejo de Guerra y fusilamiento	153
▪ Rubén Osorio	
El general Felipe Ángeles.	
Esbozo de una biografía militar	201
▪ Luis Garfias Magaña	
Apéndice	
Siete escritos de Felipe Ángeles	
Introducción	221
▪ Adolfo Gilly	

Diario de la batalla de Zacatecas, 1914	226
Autodefensa, 1916	252
El ascenso a general de Francisco Villa [1916]	259
Genovevo de la O, 1917	262
Carta a Manuel Márquez Sterling, 1917	283
Carta a Emiliano Sarabia, 1917	287
Manifiesto al pueblo mexicano, 1919	289
Fuentes	295
Índice onomástico	301

INTRODUCCIÓN

▪ Adolfo Gilly

Singular figura de la Revolución mexicana, el general Felipe Ángeles: educado en el Ejército Federal de Porfirio Díaz, destacado teórico y técnico militar, respetado entre los oficiales del Antiguo Régimen, a sus cuarenta y tres años de edad el presidente Francisco I. Madero lo trajo de Francia, en cuyo ejército perfeccionaba sus conocimientos de artillería, para designarlo a inicios de enero de 1912 director del Colegio Militar de Chapultepec. En los meses siguientes el presidente y el militar trabaron estrecha amistad.

En agosto de ese mismo año, ante el fracaso de la sanguinaria campaña del general Juvencio Robles en Morelos (cuyos propios amigos la llamaban “campaña de exterminio”), Madero envió a Ángeles como jefe de la zona militar. Cambió éste métodos y política y logró, si no la amistad pues en campos enemigos estaban, sí el respeto de los jefes y los insurrectos campesinos indios al mando de Genovevo de la O y Emiliano Zapata.

La señora Rosa King, británica, dueña del hotel Bella Vista en Cuernavaca, adonde iban a alojarse en esos años personas destacadas, desde Francisco Madero hasta Victoriano Huerta y otros, en su libro *Tempestad sobre México* lo recuerda así:

El general Ángeles era delgado y de buena estatura, más que moreno, con la palidez que distingue al mejor tipo de mexicano, de rasgos delicados y con los ojos más nobles que haya visto en un hombre. Se describía a sí mismo, medio en broma, como un indio, pero sin duda tenía el aspecto que los mexicanos llaman de indio triste. Otros grandes atractivos se encontraban en el encanto de su voz y sus modales.

Desde que me lo presentaron percibí en él un par de cualidades que había echado de menos en sus antecesores, las de la compasión y la voluntad de entender. Me agradó, inclu-

so antes de escuchar entre sus jóvenes oficiales que no toleraba crueldad ni injusticia alguna de sus soldados. [...]

Un día en que el general Ángeles y yo hablábamos del sufrimiento de los pobres indios contra quienes se hallaba en campaña, me dijo con un gesto de acentuado desaliento: “Señora King, soy un general, pero también soy un indio”. Era en efecto un indio, y lo parecía: un hombre distinguido en su tipo, educado en Francia.

Este militar, descrito así en los recuerdos de la dama inglesa como una figura extraña en una revolución que vista de cerca debía de parecerle aún más extraña, fue el único alto jefe del Ejército Federal que se mantuvo leal a Madero durante el golpe de Félix Díaz y Victoriano Huerta y los días sucesivos de febrero de 1913 conocidos como la Decena Trágica. Huerta lo apresó junto con Madero y Pino Suárez y, mientras que mandó asesinar a éstos después de obligarlos a renunciar entre amenazas y falsas promesas, dejó con vida al general Ángeles, a quien la solidaridad de casta de sus colegas militares ponía al abrigo, al menos en lo inmediato, de un crimen semejante.



El general Victoriano Huerta no mató entonces al general Felipe Ángeles, pero semanas después le fraguó un proceso pretextuoso, lo tuvo unos meses en la cárcel y luego lo mandó al exilio en Francia el día último del mes de julio. De allá el general maderista regresó clandestinamente en octubre de 1913 para incorporarse en Sonora al gabinete de Venustiano Carranza. En los primeros meses de 1914 pasó a formar parte de los mandos de la División del Norte: quería combatir, no ser subsecretario de Guerra a cargo del despacho.

Estuvo presente en la toma de Torreón el 3 de abril de 1914 y, junto con Francisco Villa, fue el artífice de la toma de Zacatecas el 23 de junio de 1914, la batalla decisiva para la caída de Victoriano Huerta tres semanas después.

No narraremos en estas líneas las victorias, las derrotas y las vicisitudes de Felipe Ángeles, cuya intervención personal

fue determinante para convencer en octubre de 1914 a Emiliano Zapata y sus jefes –con quienes se había enfrentado con las armas desde bandos enemigos apenas dos años antes– de que se incorporaran a la Convención Militar Revolucionaria de Aguascalientes, y luego para que en ésta se aprobara el Plan de Ayala.

Después de esa Convención se precipitaron los acontecimientos que marcaron los destinos de la Revolución mexicana: la ocupación de México por los ejércitos convencionistas, la División del Norte y el Ejército Libertador del Sur; la contraofensiva del Ejército Constitucionalista de Obregón y Carranza; las derrotas de la División del Norte en las cuatro sucesivas batallas del Bajío en 1915; el exilio de Ángeles a Estados Unidos en la segunda mitad de ese mismo año; la sanción de la Constitución de febrero de 1917; la prolongación de la guerrilla villista contra el presidente Carranza en Chihuahua y Durango y de la guerra zapatista en el sur, y el regreso solitario del general Ángeles en diciembre de 1918 para sumarse a las fuerzas de Villa, convencido de que así podría evitar la que creía inminente intervención de Estados Unidos en México.

Lo apresaron el 17 de noviembre de 1919, le montaron una corte marcial a sala llena en el Teatro de los Héroes de Chihuahua, hizo ante sus jueces y el público una extensa defensa en la que expuso una peculiar mezcla de ideas liberales, humanistas y socialistas que era en verdad su testamento político y espiritual, lo condenaron a muerte y lo fusilaron en la madrugada del 26 de noviembre de 1919.

■

¿Qué podía salir del estudio de este personaje solitario que no hubiera sido ya analizado y dicho sobre el curso y los significados de la Revolución mexicana? Tal vez mucho de lo que todavía queda por decir: cierto aire del tiempo, cierta visión sobre los militares mexicanos de entonces y también ciertas fantasías de los hombres y mujeres arrastrados por la Revolución, que hoy sabemos que son tales, pero que quienes las llevaban en su imaginación entonces no sabían que lo eran.

El general Felipe Ángeles, escribe Katz en su biografía de *Pancho Villa*:

representó una excepción a todas las reglas, tanto del México porfiriano como del México revolucionario. Fue el único alto oficial del Ejército Federal que se unió a las fuerzas revolucionarias y también uno de los muy pocos generales mexicanos, fueran federales o revolucionarios, que era a la vez un intelectual en el más amplio sentido del término. Enseñaba matemáticas y ciencias de la artillería, y escribió trabajos muy conocidos sobre ambos campos. También mostraba un profundo interés por la literatura y era un hombre culto. Además, era uno de los muy pocos militares que gozaba tanto de prestigio nacional como de popularidad en gran parte del país. Ante todo, fue uno de los pocos ideólogos que produjo la Revolución. Tendría una enorme influencia sobre Villa y sobre su ejército en diferentes sentidos: como especialista en artillería, como estratega, como organizador, como dirigente ideológico y como intermediario con los estadounidenses.

Convocados por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y su División de Estudios de Posgrado, un grupo de historiadores se reunió los días 17 y 18 de noviembre de 2005 –a ochenta y cinco años del inicio de la Revolución mexicana, a setenta y cuatro de la muerte de Ángeles– para considerar desde sus diversos saberes, entenderes y mirares a esta figura singular así definida por Katz.

Entre ellos estuvieron el propio Friedrich Katz; Odile Guilpain, autora de *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana* (1991); Felipe Ávila Espinosa, autor de *Entre el Porfiriato y la Revolución. El gobierno interino de Francisco León de la Barra* (2005); Pedro Salmerón, autor de *La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo* (2006); el general Luis Garfias, autor de *Historia militar de la Revolución mexicana* (2005); y Rubén Osorio, autor de *La correspondencia de Francisco Villa* (2004). Todos ellos presentaron los ensayos sobre

Felipe Ángeles que conforman este volumen. Participó también en este coloquio como ponente el historiador Santiago Portilla. Fueron organizadores y participantes Javier Garciadiego, entonces director del INEHRM y hoy presidente de El Colegio de México, Adolfo Gilly, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, y Pablo Serrano Álvarez, director de investigación y luego director en funciones del INEHRM.



Ocho ensayos históricos conforman este volumen. Friedrich Katz estudia la controvertida cuestión de la actitud del general Ángeles durante la Decena Trágica. Adolfo Gilly, a partir de un proceso judicial posterior a la Decena Trágica y anterior al exilio de Ángeles en Francia, recorre varios episodios de la vida del general. Felipe Ávila Espinosa se ocupa de la intervención política de Ángeles en la Convención de Aguascalientes y en torno a ésta. Javier Garciadiego trae a luz las semejanzas entre Ángeles y Carranza en la rivalidad que hasta la muerte los contrapuso. Pedro Salmerón analiza la historiografía sobre Felipe Ángeles y la relación militar de éste con las campañas de la División del Norte. Odile Guilpain estudia las relaciones políticas y personales de Ángeles en su último exilio en Estados Unidos y las posibles motivaciones de su regreso en diciembre de 1918 para sumarse a las fuerzas villistas en Chihuahua. Rubén Osorio expone el desarrollo del Consejo de Guerra que en noviembre de 1919 sentenció a muerte a Felipe Ángeles y reproduce en especial aquellos pasajes de la defensa del general en donde éste, sabiéndose condenado, explicó por extenso sus ideas, sus razones y sus motivos. Finalmente, el general Luis Garfias traza un esbozo biográfico de Felipe Ángeles en tanto militar del Ejército Mexicano.

Siete escritos del general Felipe Ángeles, en diferentes circunstancias de su vida, completan el volumen como apéndice. Ellos darán al lector una visión más amplia de su personalidad, sus preocupaciones intelectuales y su estilo.

A. G., mayo de 2007